

SIMENON

MALGRET



La amargura del condenado

Lenoir, un malhechor condenado a muerte, va a ser ejecutado en breve, y el comisario Maigret acude a visitarlo. En la estrecha celda, Lenoir le explica, lleno de amargura, un asesinato del que fue testigo hace años y cuyo autor nunca pagó por su delito. Pero Lenoir no es un chivato y solo dará dos pistas al comisario: un lugar —un merendero de París— y un nombre —el de otro testigo del crimen.

Nadie parece conocer el lugar ni al testigo, y el comisario empieza a olvidarse del asunto. Hasta que, una mañana, Maigret entra en una sombrerería y oye sorprendido, cómo otro cliente pide una chistera para celebrar una fiesta ¡precisamente en el merendero de que habló Lenoir!

Índice de contenido

Cubierta

La amargura del condenado

El sábado de Monsieur Basso

El marido de la dama

Los dos botes

Citas en la Rue Royale

El coche del doctor Mertens

Negociaciones

El chamarilero

La amante de James

Veintidós francos de jamón

El comisario Maigret se ausenta

El asesino de Ulrich

El sábado de Monsieur Basso

Atardecer radiante. Sol casi almibarado en las apacibles calles de la Rive Gauche. En todas partes, tanto en los rostros como en los mil ruidos familiares de la calle, la alegría de vivir.

En días como esos, la existencia es menos rutinaria y los transeúntes, los tranvías y los coches parecen personajes de un cuento de hadas.

Era el día 27 de junio. Cuando Maigret llegó al portalón de la prisión Santé, el centinela contemplaba extasiado un gatito blanco que jugaba con el perro de la lechera.

Hay días en que los adoquines parecen resonar más que de costumbre. Los pasos de Maigret retumbaron en el inmenso patio. Al llegar al final de un corredor, interrogó a un vigilante:

—¿Se lo han dicho ya?

—Todavía no.

Una vuelta de llave. Un cerrojo. Una celda de techo muy alto, muy limpio, y un hombre que se levanta mientras su rostro parece buscar una expresión.

—¿Todo bien, Lenoir? —preguntó el comisario.

El aludido estuvo a punto de sonreír. Pero un pensamiento que le cruzó por la mente endureció de pronto sus facciones. Frunció el entrecejo, suspicaz. Durante algunos segundos esbozó un rictus huraño, después se encogió de hombros y ofreció la mano a Maigret.

—¡Ya lo he entendido! —exclamó.

—Entendido, ¿el qué?

—A mí no me engaña —dijo con una sonrisa desenfada—. Usted ha venido para...

—Bueno, resulta que mañana me voy de vacaciones y...

El preso rio brevemente. Era un joven corpulento, de cabello castaño peinado hacia atrás. Facciones regulares. Bonitos ojos pardos. Los finos bigotes destacaban la blancura de sus dientes, puntiagudos como los de un ratón.

—Es usted muy amable, señor comisario. —Se desperezó, bostezó y se dirigió a un rincón de la celda para bajar la tapa del retrete, que había quedado levantada—. Disculpe el desorden. —Y de repente, mirando fijamente a Maigret, preguntó—: Han rechazado el indulto, ¿verdad?

Era inútil mentir. El hombre ya lo había comprendido y caminaba de un lado a otro de la celda.

—No me había hecho ilusiones. ¿Cuándo será? ¿Mañana?

Sin embargo, al pronunciar la última palabra se le quebró la voz, y la luz que se filtraba por una ventana estrecha y muy elevada se concentró en sus ojos.

A esa misma hora, en los diarios de la tarde que corrían por las terrazas de los cafés, podía leerse:

El presidente de la República ha negado el indulto de Jean Lenoir, el joven jefe de la banda de Belleville. La ejecución tendrá lugar mañana al amanecer.

Había sido precisamente Maigret quien, tres meses antes, había echado el guante a Lenoir en un hotel de la Rue Saint-Antoine. Un segundo más, y la bala que el delincuente disparó contra él le habría alcanzado de pleno en lugar de perderse en el techo.

Eso no impidió que el comisario, sin guardarle rencor alguno a Lenoir, se mostrara interesado por él.

En primer lugar, quizá porque Lenoir era joven, un muchacho de veinticuatro años que, desde los quince, colec-

cionaba condenas.

Después porque era valiente. Tenía cómplices, dos de los cuales fueron detenidos el mismo día que Lenoir; eran tan culpables como él y, en el último caso, el asalto a mano armada a un cobrador, tuvieron sin duda mayor participación que su jefe. Pues bien, de todos modos, Lenoir declaró en favor de ellos, asumió todos los delitos y se negó a delatarlos.

Carecía de pose y de bravuconería. No culpaba de su desgracia a la sociedad.

«¡He perdido!», se limitaba a decir.

Ahora todo había acabado. Mejor dicho, cuando el sol que en esos momentos doraba un trozo de la pared de la celda se alzara de nuevo, todo habría acabado.

Lenoir no pudo reprimir un gesto siniestro. Sin dejar de caminar, se pasó una mano por la nuca, se estremeció, palideció y sintió la necesidad de bromear:

—Es todo tan extraño... —Y bruscamente, lleno de amargura, exclamó—: ¡Si al menos me acompañaran todos los que se lo merecen! —Miró a Maigret, titubeó, recorrió una vez más la estrecha celda y masculló—: No, no pienso delatar a nadie. Sin embargo...

El comisario procuraba no mirarlo. Sentía que el hombre estaba a punto de confesar. Pero sabía que era tan orgulloso que si Maigret dejaba escapar un pequeño estremecimiento, o mostraba demasiado interés, Lenoir cerraría la boca.

—Usted no conoce el Merendero de Cuatro Cuartos, ¿verdad? Pues bien, si un día se da una vuelta por allí, encontrará entre los clientes a un tipo al que mañana la guillotina le sentaría mucho mejor que a mí. —Siguió caminando. Ya no podía detenerse. De ese modo, cada vez más obsesivo, disipaba su nerviosismo—. Pero no lo encontrará, no. ¡Mire! Puedo contarle eso sin necesidad de delatar a nadie. Aunque, la verdad, no sé por qué lo recuerdo hoy, quizá porque es una historia de cuando yo era un adolescente.

»A los dieciséis años, solía frecuentar con un amigo los locales populares y hacer raterías. Mi amigo debe de estar ahora en un sanatorio; entonces ya tosía. —¿Acaso Lenoir, también en este momento, no hablaba para conservar la ilusión de la vida, para demostrarse a sí mismo que seguía siendo un hombre?—. Un día, serían las tres de la madrugada, íbamos por la calle... ¡No! No le diré el nombre de la calle. Era una calle cualquiera. De lejos vimos que se abría una puerta. Había un coche junto al bordillo de la acera. De la puerta salió un tipo que empujaba a otro. ¡No! No lo empujaba, no. Más bien parecía que sujetara un maniquí y tratara de hacerlo caminar a su lado como si fuera un amigo. Lo metió en el coche que había junto a la acera y se instaló al volante. Mi amigo me lanzó una mirada, y ya nos tiene a los dos subidos al parachoques trasero. ¡Con decirle que en aquel tiempo me llamaban "el Gato"! Pasamos por montones de calles. El tipo parecía buscar algo, erraba como si se hubiera equivocado. Al fin, cuando llegamos al canal Saint-Martin, comprendimos qué buscaba. Lo ha adivinado, ¿verdad?

»Abrir la portezuela y cerrarla. Ya está. ¡Hombre al agua! ¡Facilísimo! El tipo del coche debió de meter objetos muy pesados en los bolsillos del cadáver, porque este no flotó ni un instante. Nosotros, sin perder la calma, nos instalamos de nuevo en el parachoques para descubrir dónde vivía el tipo. En la Place de la République, el hombre se detuvo para tomar una copa de ron en el único café que seguía abierto. Luego llevó el coche al garaje y se metió en su casa. Mientras se desnudaba, vimos su silueta recortada en las cortinas.

»Victor y yo lo chantajeamos durante dos años. Éramos novatos. Y como teníamos miedo de pedir demasiado, exigíamos cien francos cada vez. Un día el tipo se mudó y no logramos dar con él. Hace menos de tres meses lo vi por casualidad en el Merendero de Cuatro Cuartos, y él ni siquiera me reconoció. —Lenoir escupió en el suelo, buscó

maquinalmente un cigarrillo y masculló—: A quien llega a la situación en que yo me encuentro, se le podría permitir que fumara, creo yo. —Arriba, el rayo de sol había desaparecido. Se oían pasos en los corredores—. No digo que yo sea mejor que otros, pero le aseguro —soltó bruscamente— que, mañana por la mañana, ese tipo no haría mal papel conmigo en la... —Unas gotas de sudor le perlaban la frente. Las piernas le flaquearon. Lenoir se sentó en el borde del catre—. Ya es hora de que se vaya —dijo suspirando—. O mejor, no. ¡No! Que hoy no me dejen solo. Me sienta bien hablar. Oiga, ¿quiere que le cuente la historia de Marcelle, la mujer que...?

La puerta se abrió. El abogado de Lenoir dudó al ver a Maigret. Mostraba una sonrisa de circunstancias, para que su cliente no adivinara que el indulto había sido rechazado.

—Hay buenas noticias —empezó.

—Muy bien —dijo Lenoir, y se dirigió a Maigret—: No le digo hasta luego, ¿eh?, señor comisario. Cada uno a lo suyo. Y además, ¿sabe?, no vale la pena que vaya al merendero. Ese tipo es tan listo como usted.

Maigret le ofreció la mano. Observó a Lenoir y vio cómo se le estremecían las aletas de la nariz, el bigotito oscuro se humedecía y los colmillos se hundían en el labio inferior.

—¡Eso, o la tuberculosis! —bromeó Lenoir con una sonrisa forzada.

No era cierto que Maigret se marchara de vacaciones, pero estaba investigando un caso de falsificación de bonos que lo mantenía muy ocupado. Jamás había oído hablar del Merendero de Cuatro Cuartos, y preguntó a sus colegas.

—No lo conozco. ¿Dónde está? ¿En el Marne? ¿En el bajo Sena?

Cuando Lenoir fue testigo del asesinato, tenía dieciséis años; así pues, el crimen había ocurrido hacía ocho años, y

una tarde Maigret consultó los archivos de los asuntos sin resolver de aquel año.

Pero no vio nada que se apartara de lo corriente. Desapariciones, como siempre. Una mujer descuartizada y cuya cabeza nunca había aparecido. Y, ese año, en el canal Saint-Martin habían encontrado por lo menos siete cadáveres.

La historia de los bonos falsos, cada vez más complicada, exigía múltiples trámites. Después tuvo que acompañar a Madame Maigret a Alsacia, a casa de su hermana, donde, como todos los veranos, pasaría un mes.

París se vaciaba. El asfalto se reblandecía bajo las pisadas. Los transeúntes buscaban las aceras sombreadas y todas las terrazas de los bares estaban llenas.

«Te esperamos sin falta el domingo. Besos de todos».

Madame Maigret lo reclamaba, porque ya llevaba quince días en Alsacia y su marido aún no había ido a verla. El sábado, 23 de julio, Maigret ordenó sus expedientes y comunicó a Jean, el ordenanza del Quai des Orfèvres, que no volvería antes de la tarde del lunes.

Cuando estaba a punto de salir se fijó en el borde de su sombrero hongo, que llevaba varias semanas roto. Madame Maigret le había dicho cientos de veces que se comprara otro: «¡Acabarán por darte limosna en la calle!».

En el Boulevard Saint-Michel encontró una sombrerería y entró para probarse sombreros hongos, pero todos le quedaban demasiado pequeños.

—Ya verá como este... —se obstinaba en repetir un dependiente barbilampiño.

Maigret, siempre que se probaba algo, se sentía muy desdichado. Pero de repente, en el espejo en que se miraba, vio reflejada una espalda, una cabeza y, sobre esa cabeza, una chistera.

Como el cliente llevaba un traje gris muy corriente, el efecto era bastante gracioso. Decía:

—No. Querría un modelo todavía más antiguo. No es para vestirme...

Maigret esperaba a que le trajeran otros sombreros que habían ido a buscarle en la trastienda.

—Por decirlo de algún modo, es para una broma, una boda de mentira que hemos organizado unos amigos en el Merendero de Cuatro Cuartos. Habrá una novia, una suegra, testigos y todo lo demás. ¡Como en una boda de pueblo, vaya! ¿Comprende ahora lo que necesito? Yo hago de alcalde del pueblo. —El cliente hablaba sin dejar de reír. El hombre, de unos treinta y cinco años, entrado en carnes y de mejillas regordetas y sonrosadas, parecía un próspero comerciante—. Por ejemplo, si tuviera una chistera con el borde liso...

—Espere. Creo que en el taller tengo exactamente lo que usted busca. Es un resto de serie.

Trajeron a Maigret otro montón de sombreros hongos. El primero que se probó le sentaba bien. Pero se entretuvo unos minutos, salió segundos antes que el hombre de la chistera y, por si acaso, paró un taxi.

Hizo bien. El otro, al salir, subió a un coche estacionado junto a la acera, se puso al volante y se dirigió a la Rue Vieille-du-Temple.

Una vez allí, entró en una tienda de ropa de segunda mano y al cabo de media hora salió con una enorme caja alargada y plana que debía de contener el traje adecuado para la chistera.

Después enfilaron los Campos Elíseos, luego la Avenue de Wagram. Un bar pequeño, en una esquina. Solo pasó allí cinco minutos y salió en compañía de una mujer de unos treinta años, rellenita y alegre.

Maigret había consultado en dos ocasiones su reloj. Su primer tren había salido. El segundo saldría dentro de un cuarto de hora. Se encogió de hombros y dijo al taxista:

—Sígalos.

Se lo esperaba: el coche se paró en la Avenue Niel, delante de un hotelito. La pareja se precipitó bajo la marquesina. Maigret esperó un cuarto de hora y entró. En una placa de cobre leyó:

SE ALQUILAN HABITACIONES
POR MESES Y POR DÍAS.

En la recepción, que olía a adulterio elegante, se dirigió a una encargada perfumada.

—¡Policía Judicial! La pareja que acaba de entrar...

—¿Qué pareja?

No se hizo rogar mucho.

—Son personas muy correctas, casadas las dos, que vienen dos veces por semana.

Al salir, el comisario se acercó al coche y, a través del cristal, echó una mirada a la cédula del vehículo: «Marcel Basso. Quai d'Austerlitz, número 32, París».

Ni un soplo de brisa. Atmósfera tibia. Todos los tranvías y autobuses, atestados de gente, se dirigían a las estaciones de tren. Los taxis iban cargados de tumbonas, cañas de pescar, redes para camarones y maletas.

El asfalto relucía tanto que parecía de color azul, y había rumor de copas y platos en las terrazas de todos los bares.

—Por cierto, hace tres semanas que Lenoir fue... —decía el taxista.

No se había comentado mucho. Era un caso banal, y Lenoir, un delincuente en cierto modo profesional. Maigret recordó el bigote tembloroso de Lenoir y dio un suspiro mientras consultaba su reloj.

Ya era demasiado tarde para reunirse con Madame Maigret; esta, cuando esa noche acudiera a la pequeña estación con su hermana, sin duda murmuraría: «¡Siempre igual!».

El taxista de Maigret leía un periódico. El hombre de la chistera fue el primero en salir del hotel e inspeccionó la

calle en ambos sentidos antes de hacer una seña a su pareja, que se había quedado bajo la marquesina.

Pararon en la Place des Ternes. Se les veía besarse a través de la ventanilla trasera. Seguían cogidos de la mano cuando, con el coche al ralentí, la mujer salió del vehículo y paró un taxi.

—¿Sigo? —preguntó el conductor del taxi en el que viajaba Maigret.

—Ya que hemos empezado...

¡Al menos había dado con alguien que conocía el Merendero de Cuatro Cuartos!

Quai d'Austerlitz. Un cartel enorme:

MARCEL BASSO
IMPORTADOR DE CARBONES
DE TODAS LAS PROCEDENCIAS.
VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALL.
REPARTO A DOMICILIO — PRECIOS DE VERANO.

Una empalizada negruzca rodeaba unos almacenes de carbón. Enfrente, al otro lado de la calle, había un muelle de descarga de la misma compañía y gabarras inmóviles junto a los montones de carbón descargados ese mismo día.

En medio de los depósitos de carbón se alzaba una gran casa con jardín. Monsieur Basso aparcó el coche, con un gesto maquinal se aseguró de que no llevaba cabellos de mujer en los hombros y entró en su casa.

Maigret lo vio reaparecer en una habitación del primer piso, que tenía las ventanas abiertas de par en par, en compañía de una mujer alta, rubia y bonita. Los dos reían. Hablaban animadamente. Monsieur Basso se probaba la chistera y se miraba en el espejo.

Metían ropa en unas maletas. Apareció una sirvienta con delantal blanco.

Un cuarto de hora después —eran las cinco— la familia bajó. Un niño de diez años, con una escopeta de aire com-

primido, abría la comitiva. Lo seguían la sirvienta, Madame Basso, su marido y un jardinero con las maletas.

La escena desbordaba buen humor. Pasaban coches que se dirigían al campo. En la Gare de Lyon, los trenes, con muchos vagones suplementarios, silbaban furiosamente.

Madame Basso subió al coche y se sentó al lado de su marido. El niño se instaló detrás, entre las maletas, y bajó los cristales.

No era un automóvil de lujo. Un buen coche de serie, azul oscuro, casi nuevo.

Minutos después se dirigieron a Villeneuve-Saint-Georges. Después tomaron la carretera de Corbeil. Cruzaron esa ciudad y enfilaron un camino lleno de baches, paralelo al Sena.

«El Reposo», así se llamaba la casa, entre Morsang y Seine-Port, al borde del río. Un edificio flamante, con ladrillos deslumbrantes, la pintura reciente y flores que parecían haber sido regadas esa misma mañana. En el Sena, un trampolín blanquísimo. Botes amarrados.

—¿Conoce el lugar? —preguntó el comisario al taxista.

—Un poco.

—¿Hay algún hotel o fonda por los alrededores?

—Sí. En Morsang está el Vieux Garçon. Y Marius, más arriba, en Seine-Port.

—¿Alquilan habitaciones en el Merendero de Cuatro Cuartos?

El otro, con un ademán, le indicó que lo ignoraba.

El taxi no podía permanecer mucho rato en el arcén de la carretera sin llamar la atención. Ya habían descargado el coche de los Basso. Al cabo de diez minutos Madame Basso apareció en el jardín vestida con un traje de marinero y una gorra de marino en la cabeza.

Su marido debía de estar ansioso por probarse su disfraz, porque se asomó por una ventana ya embutido en una levita inverosímil y tocado con la chistera.

—¿Qué te parece?

—¿No te has olvidado de la banda?

—¿Qué banda?

—Bueno, todos los alcaldes llevan una banda tricolor.

Unas barcas se deslizaban lentamente por el río. A lo lejos silbaba un remolcador. El sol comenzaba a hundirse entre los árboles de una colina.

—Al Vieux Garçon —dijo Maigret al taxista.

A orillas del Sena había una gran terraza y, en el río, todo tipo de embarcaciones. Una docena de vehículos se hallaban estacionados detrás del edificio.

—¿Le espero?

—Todavía no lo sé.

Al bajar del taxi, se topó con una mujer que corría y que estuvo a punto de echársele en los brazos. Vestía totalmente de blanco y llevaba una coronita de flores de azahar en la cabeza. Un joven en traje de baño la perseguía; los dos reían. Desde la escalinata del hotel Vieux Garçon varias personas presenciaban la escena.

—¡Deja en paz a la novia! —gritó alguien.

—¡Espera por lo menos a la boda!

La novia se detuvo sin aliento, y Maigret reconoció a la mujer que, dos veces por semana, se reunía en el hotel de la Avenue Niel con Monsieur Basso.

En una barquita pintada de verde, un hombre, con la frente arrugada, como si se entregara a un trabajo delicado y penoso, ordenaba unos aparejos de pesca.

—Cinco Pernods, cinco.

Del hotel salió un joven con la cara embadurnada de blanco y maquillada. Iba disfrazado de campesino granujiento y risueño.

—¿Estoy bien?

—¡Solo te falta una peluca pelirroja!

Llegó un coche del que bajaron algunas personas que iban ya ataviadas para la boda de pueblo. Una mujer llevaba un vestido de seda parda que arrastraba por el suelo. Su marido se había puesto el amarre de una barquita a modo de cadena de reloj de bolsillo sobre el abdomen y una almohada debajo del chaleco.

Los rayos de sol enrojecían. Las hojas de los árboles apenas se movían. En el río se deslizaba un bote, y un hombre semidesnudo, echado en la popa, se limitaba a dirigirlo indolentemente con un remo.

—¿A qué hora llegan los coches de caballos?

Maigret no sabía dónde meterse.

—¿Han llegado los Basso?

—¡Nos han adelantado en la carretera!

De repente alguien se plantó delante de Maigret; era un hombre de unos treinta años, casi calvo, con la cara tan colorada como la de un payaso. Una llama maliciosa brillaba en sus ojos. Con marcado acento inglés, exclamó:

—¡Aquí tenemos al notario! —El hombre no estaba del todo borracho, pero tampoco del todo sobrio. La luz del crepúsculo le arrebolaba el rostro, en el que destacaban unas pupilas más azules que el río—. Harás de notario, ¿verdad? —insistió con la familiaridad típica de los borrachos—. ¡Claro que sí, amigo mío, nos divertiremos mucho! —Y añadió agarrando a Maigret del brazo—: Vayamos al bar a tomar un Pernod.

Todos reían. Una mujer exclamó a media voz:

—¡James, estás borracho!

Pero el aludido, imperturbable, arrastró a Maigret hacia el Vieux Garçon y pidió:

—¡Dos Pernods! —y se rio mientras les servían dos copas llenas hasta los bordes.